

Pequeños patriotas y ciudadanos: Infancia, nación y conmemoración de la independencia en Costa Rica, 1899–1932¹

David Díaz Arias

Centro de Investigaciones Históricas de América Central (Universidad de Costa Rica, Costa Rica)

Resumen

Este trabajo explora la invención de la *fiesta escolar* en Costa Rica como una tradición para conmemorar el día de la independencia entre 1899 y 1932. Para hacerlo, en la primera parte del artículo se analiza el proceso de construcción de la fiesta escolar entre 1899 y la celebración del centenario de la independencia nacional (1921), prestando atención al papel que jugó dicha fiesta en la consolidación de la fiesta independentista y de una infancia patriota empeñada en celebrar con devoción el nacimiento de la patria. En la segunda parte, el estudio analiza con detenimiento el nuevo rito que se impulsó en la década de 1920 alrededor de la fiesta escolar (*la procesión de la salud*) y la atención que se le brindó al canto del Himno Nacional como elemento central en la concreción de la comunidad política nacional.

Palabras claves: Costa Rica, independencia, conmemoración, nacionalismo, escuela.

Abstract

This essay explores the invention of the *fiesta escolar* (primary school celebration of the Independence Day) in Costa Rica between 1899 and 1932. First, this paper analyzes the construction of the *fiesta escolar* between 1899 and 1921 (centenary of Costa Rica's independence) to determine the role of such a practice in the consolidation of the Independence Day celebration and of patriotism among primary school children. Then, it studies in detail *la procesión de la salud* (the march of health) —the new activity linked to the *fiesta escolar* by the end of the 1920s—. Finally, this essay sheds light on the way the *fiesta escolar* allowed the National Anthem to become a popular song during

¹ La primera parte de este artículo rescata ideas ya expuestas en el capítulo 5 de mi libro: David Díaz Arias, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821–1921*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007.

the Independence Day celebrations and its relationship with the nation building process in Costa Rica.

Keywords: Costa Rica, Independence Day, Commemorations, Nationalism, Primary Schools.

Introducción

El 28 de septiembre de 1928, el maestro josefino Jesús Vega envió una nota al diario costarricense *La Tribuna* que ese periódico publicó dos días después. Vega quería dar a conocer el resultado de un pequeño ejercicio de composición sobre la patria que había solicitado a sus estudiantes de la escuela capitalina *Juan R. Mora* en el contexto de la fiesta de la independencia de Costa Rica. Según el maestro, ante las preguntas sobre qué era la patria y por qué se debía amar, sus estudiantes respondieron con un profundo nacionalismo. Así, un niño señaló que la patria era «el terruño donde nacieron nuestros abuelos, nuestros padres y nuestros familiares; es la casa eterna en que nosotros reposamos y lloramos las inclemencias de la vida». Por otro lado, otro pequeño respondió que se debía amar la patria «porque ella es nuestro hogar, nuestro suelo... y nuestra madre». Más henchido de nacionalismo, otro infante indicó que él deseaba que «los terrenos de la United Fruit Co. no fueran de ella sino de algún costarricense»².

El artículo de Vega evidencia de forma transparente una conjugación de emotividad y orgullo ante la respuesta de sus párvulos. No era para menos; Vega había cumplido con buen suceso una de las principales tareas que, como maestro, le había asignado el Estado costarricense: la de convertir a niños escolares en pequeños patriotas y ciudadanos. De hecho, desde principios del siglo xx el Estado había impulsado con insistencia el uso de la conmemoración de la independencia para esparcir entre la infancia el dogma fundamental del discurso de identidad nacional costarricense. En ese sentido, el éxito que con orgullo exhibía en la prensa Vega era el mismo que hacia la década de 1920 saboreaban la mayoría de maestros costarricenses. Pero su éxito fue todavía mayor porque en su empeño por integrar a sus educandos dentro de la comunidad nacional imaginada, los maestros costarricenses fortificaron como nunca la fiesta de la independencia y le dieron el carácter de una celebración fundamental del pasado nacional.

Las estrategias por medio de las cuales los grupos políticos costarricenses del siglo xix intentaron construir una celebración civil que conmemorara el 15 de septiembre de 1821, día en que, según la historia oficial, Costa Rica había obtenido su independencia del imperio español, transitaron por múltiples veredas desde la primera vez que se instituyó esa celebración en 1823. A partir de

² Jesús Vega, “La patria mirada por mis alumnos”, *La Tribuna*, 30 de septiembre de 1928, p. 12.

esa fecha fueron recurrentes en las fiestas de la emancipación los ritos eclesiásticos (misa y *tedeum*), pero también se implementaron actividades populares al aire libre: las peleas de gallos, las corridas de toros y la convocatoria a los parques para tomar licor fueron algunas ellas. A esas actividades se le adjuntaron las exposiciones de productos elaborados en el país y las obras de teatro, convirtiendo al 15 de septiembre en un día de fiesta. Hacia el primer lustro de la década de 1890, el 15 de septiembre fue escogido para el rescate de la lucha contra los filibusteros (1856–1857) y la develación de obras escultóricas referentes a esa gesta (la estatua a Juan Santamaría en 1891 y el Monumento Nacional en 1895). También se realizaron desfiles de bandas militares que recorrían las calles de las principales ciudades del Valle Central, con una diana en el aire y no más tarde que a las cinco de la mañana, y otras muchas actividades como los bailes populares en el Mercado Central. No obstante, hacia el final del siglo XIX estos actos de recuerdo dependían fuertemente del interés que en ellos expusiera el Poder Ejecutivo y las municipalidades. En buena medida, el costo que representaban era siempre un problema para su realización y lo que era claro en 1899 era que aún no se lograba involucrar con sus propias fuerzas e iniciativas a la mayoría de los sectores sociales³.

El ejemplo que en otros países vislumbraron entonces los políticos e intelectuales costarricenses consistió en el uso de la escuela para la organización de fiestas cívicas que permitirían afianzar el discurso de identidad nacional en la población⁴. En efecto, el interés principal de los estadistas costarricenses radicó entonces en la utilización de la escuela para formar patriotas. El día escogido para exponer a los niños con mucha mayor fuerza los símbolos de esa patria de la que les hablaban las maestras y maestros en clase, y hacerlos sentirse parte de ella, fue el 15 de septiembre. ¿Qué impacto tuvo esa nueva tradición en la fiesta de la independencia? ¿Cuál fue su función en el proceso de construcción de una comunidad política nacional? ¿Qué transformaciones experimentó? El presente artículo brinda las respuestas a estas preguntas. Para hacerlo, se divide en dos partes: en la primera se explora la invención de la fiesta escolar entre 1899 y la celebración del centenario de la independencia nacional; en la segunda, se analiza con detenimiento el nuevo rito que se impulsa en la década de 1920 alrededor de la fiesta escolar y la atención que se le brindó al canto

³ David Díaz Arias, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821–1921*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007, pp. 3–136.

⁴ Para el caso francés ver: Olivier Ihl, *La Fête Républicaine*, Paris: Éditions Gallimard, 1996. Para el caso argentino: Lilia Ana Bertoni, “Construir la Nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887–1891”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, tercera serie, n° 5, (primer semestre de 1992), pp. 77–110; Lilia Ana Bertoni, “Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, tercera serie, n° 13, (primer semestre de 1996), pp. 35–57; para el caso chino ver: Limin Bai, “Children as the Youthful Hope of an Old Empire: Race, Nationalism, and Elementary Education in China, 1895–1915”, *Journal of History of Childhood and Youth*, v. 1.2 (2008), pp. 210–231.

del Himno Nacional como elemento central en la concreción de la comunidad política nacional.

La visión teórica de la que parte este trabajo concibe a las fiestas nacionales como tradiciones inventadas que fueron creadas por actores específicos de la construcción del Estado-nación moderno, con el objetivo de inventar la nación y modelar un pasado oficial para celebrar los orígenes de esa nación⁵. Justamente, el uso de ceremonias como la fiesta de la independencia permitió a los países latinoamericanos al final de siglo XIX y en las primeras décadas del XX modelar ritos de recuerdo de los héroes y acontecimientos que habían sido fundamentales para crear su nación. De tal forma, es del panteón seleccionado por las historias republicanas y de la narrativa histórica escrita por los arquitectos de la memoria nacional de donde emergen los nombres, las fechas y los acontecimientos que las sociedades latinoamericanas celebran como el inicio de su vida o como la fundación de su sueño de nación. Y es en la puesta en escena de la conmemoración de ese pasado, es decir, en las fiestas conmemorativas, en donde se produce la creación y recreación constante del recuerdo nacional. Es por eso que al considerar el valor político de las fiestas, la teoría sobre ellas ha insistido en los nexos sociales e identitarios que estos momentos impulsan al interior de una comunidad o de un grupo⁶. Así, de acuerdo con Noëlle Gérôme, la función política de las fiestas del pueblo —que ella diferencia de las fiestas para el pueblo— reside en evidenciar todas las «representaciones fantasmales de la sociedad relativas a la subsistencia y a la fecundidad del grupo, a la repartición sexual de los poderes, a las relaciones con el más allá y a la previsión del futuro, en suma, las relaciones del límite de lo político, límite de lo antropológico y límite metafísico que suscita la consciencia y la expresión crítica de lo político»⁷. Y en su evaluación de las fiestas de la Revolución Francesa, Mona Ozouf precisó la poderosa conjunción entre las prácticas rituales y la creación de nuevos espacios de la memoria, así también como el papel de las fiestas en la consolidación de un orden público, en la transmisión de los valores políticos revolucionarios y en la propagación de sus representaciones⁸.

Las memorias nacionales, así, se modelan en los espacios en donde se celebra el pasado: tanto en los ritos conmemorativos como en los libros de historia y en los discursos políticos⁹. Y en ese afán, logran colar comportamientos y visiones del mundo nuevas o diferentes, algo fácil de observar en Latinoamérica

⁵ Eric J. Hobsbawm, "Introduction: Inventing Traditions", en: Eric Hobsbawm y Terence Ranger (editores), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 1-14.

⁶ Mihail Bakhtin, *Rabelais and His World*, Cambridge, Mass, M.I.T. Press 1968.

⁷ Gérôme, Noëlle, "La tradition des fêtes: interprétation et appropriation", en: Alain Corbin, Noëlle Gérôme y Danielle Tartakowsky, *Les Usages Politiques des Fêtes*, Paris: Publications de la Sorbonne, 1994, p. 15.

⁸ Mona Ozouf, *La fête révolutionnaire, 1789-1799*, Paris, Éditions Gallimard, 1976, pp. 11-15.

⁹ Paul Connerton, *How Societies Remember*, Cambridge University Press, 1999, pp. 44-45.

durante todo el siglo XIX¹⁰. En ese sentido, la historia también tiene su responsabilidad en la construcción de los lazos entre las memorias personales y la memoria colectiva. Así, la historia crea las bases sobre las cuales se fundan las memorias nacionales. Dicho en términos de Walter Benn Michaels: «[...] ya que los individuos poseen una identidad nacional como tienen una identidad individual, tienen que tener acceso no solo a sus propias memorias sino también a la memoria nacional [...] la Historia [...] puede repararnos memorias no solo de [...] nuestras “propias” vidas sino también de “otras vidas vividas hace mucho tiempo”. Y es al darnos esas memorias que la historia modela nuestra “identidad”»¹¹. Así, es posible observar y analizar las diferentes transformaciones en las interpretaciones históricas de un acontecimiento o proceso, mostrando de esa forma la manera en que la historia ha modelado memorias sobre ese acontecimiento o proceso.

Las fiestas nacionales, como las que analiza este artículo, justamente ayudan a visualizar la construcción de un rito específico y sus fines políticos de creación de memorias del pasado. Paul Connerton ha precisado con ingeniosa precisión ese papel de las ceremonias cívicas al asegurar que: «[...] si hay tal cosa como una memoria social, probablemente la vamos a encontrar en las ceremonias conmemorativas. Las ceremonias conmemorativas prueban ser conmemorativas (solamente) en la medida en que son *performativas*. Pero la *memoria performativa* es de hecho mucho más amplia que las ceremonias conmemorativas las cuales son —aunque la *performatividad* es necesaria para ellas— altamente representacionales. La *memoria performativa* es corporal»¹².

Existe una creciente bibliografía sobre el estudio de las fiestas civiles y de las fiestas patrias en Hispanoamérica, la cual, indudablemente, está influenciada por el interés y el atractivo que despertó entre los historiadores del continente, así como entre varios latinoamericanistas norteamericanos y europeos, el análisis de la construcción de nacionalidades durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Así, las fiestas nacionales han sido atendidas con

¹⁰ Por mencionar solo unos casos en donde se analiza esto: Peter F. Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800–1857*, California, Stanford University Press, 1996; Peter F. Guardino, *The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750–1850*, Durham and London: Duke University Press, 2005; Charles F. Walker, *Smoldering Ashes: Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780–1840*, Durham and London, Duke University Press, 1999; Ricardo D. Salvatore, *Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires During the Rosas Era*, Durham, N.C., Duke University Press, 2003; Ariel De la Fuente, *Children of Facundo: Caudillo and Gaucho Insurgency During the Argentine State-Formation Process (La Rioja, 1853–1870)*, Duke University Press, 2000; Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley: University of California Press, 1995 y Alfonso Muñera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717–1810)*, Bogotá, Colombia, Banco de la República / El Áncora Editores, 1998.

¹¹ Walter Benn Michaels, “‘You who never was there’: slavery and the new historicism, deconstruction and the Holocaust”, en: *Narrative*, Vol. 4, n° 1 (January 1996), pp. 1–16, cita en la p. 3. Michaels basa su argumento en: Arthur Schlesinger Jr., *The Disuniting of America*, New York: Whittle, 1991.

¹² Connerton, *How Societies Remember*, p. 71.

provecho y su análisis se ha materializado en una prolífica producción historiográfica¹³. Otro tanto han hecho los historiadores centroamericanos, aunque todavía el análisis de las fiestas es un proyecto en proceso de producción en esta región¹⁴. Este estudio, al analizar la transformación del rito de memoria de la

¹³ Para el caso mexicano: Mauricio Tenorio Trillo, “1910 México City: Space and Nation in the City of the Centenario”, en: *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, n° 28 (1996), pp. 75–104. Robert H. Duncan, “Embracing a Suitable Past: Independence Celebrations under Mexico’s Second Empire, 1864–6”, en: *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, n° 30 (1998), pp. 249–277. Guy P. C. Thomson, “Bulwarks of Patriotic Liberalism: the National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847–88”, en: *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, Vol. 22 (february, 1990), pp. 31–68. Mariano E. Torres Bautista, “De la fiesta monárquica a la fiesta cívica: el tránsito del poder en Puebla, 1821–1822”, en: *Historia Mexicana* (Colegio de México), n° 178 (octubre–diciembre de 1995), pp. 221–239. Annick Lempérière, “Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910–1921): de la historia patria a la antropología cultural”, en: *Historia Mexicana* (Colegio de México), n° 178 (octubre–diciembre de 1995), pp. 317–352. William Beezley y David Lorey (eds.), *Viva Mexico! Viva la Independencia! Celebrations of September 16*, Wilmintong, 2000. William H. Beezley, Cheryl English Martin y William E. French, *Rituals of Rule and Resistance. Public celebrations and popular culture in Mexico*, Wilmington, DE, Scholary Resources Inc., 1994. Para Argentina: Lilia Ana Bertoni. “Construir la Nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887–1891”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, tercera serie, n° 5 (primer semestre de 1992), pp. 77–110; ídem, “Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, tercera serie, núm. 13 (primer semestre de 1996), pp. 35–57. Juan Carlos Garavaglia, “A la nación por la fiesta: las fiestas mayas en el origen de la nación en el Plata”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, n° 22 (2° semestre de 2000), pp. 73–100. Sobre Venezuela: Pedro Enrique Calzadilla, “El olor de la pólvora. Fiestas patrias, memoria y Nación en la Venezuela guzmanista, 1870–1877”, en: *Caravelle* (Toulouse), n° 73 (1999), pp. 111–130. Para un análisis general sobre la utilización del discurso en las fiestas de la independencia en Hispanoamérica ver: Rebecca Earle, “‘Padres de la Patria’ and ancestral past: commemorations of independence in nineteenth-century Spanish America”, en: *Journal of Latin American Studies*, n° 34 (2002), pp. 775–805.

¹⁴ Frances Kinloch, “Fiestas Patrias: Tradición y Realidad (Nicaragua, 1858)”, en: Margarita Vanini y Frances Kinloch (editoras), *Política, Cultura y Sociedad en Centroamérica, siglos XVIII–XX*, Managua, Nicaragua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Universidad Centroamericana, 1998, pp. 83–92. Patricia Fumero, “De la iniciativa individual a la cultura oficial. El caso del general José Dolores Estrada”, en: Iván Molina y Patricia Fumero, *La Sonora Libertad del Viento. Sociedad y Cultura en Costa Rica y Nicaragua (1821–1914)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997, pp. 13–41. Carlos Gregorio López, “Inventando tradiciones y héroes nacionales: El Salvador (1858–1930)”, en: *Revista Historia de América*, n° 127, Instituto Panamericano de Geografía e Historia; ídem, “Identidad nacional, historia e invención de tradiciones en El Salvador en la década de 1920”, en: *Revista de Historia*, n° 45 (enero–junio del 2002), pp. 35–71; ídem, “La patria en el corazón: las celebraciones de la independencia en El Salvador (1824–1916)”, inédito. Margarita Silva, “Las fiestas cívico electorales en San José y el reconocimiento de la autoridad de los elegidos”, en: *Revista de Historia*, n° 27 (enero–junio de 1993), pp. 31–50. Patricia Fumero, *El Monumento Nacional, fiesta y develización, setiembre de 1895*, Alajuela, Costa Rica, 1998; ídem, “La celebración del santo de la patria: la develización de la estatua al héroe nacional costarricense, Juan Santamaría, el 15 de setiembre de 1891”, en: Iván Molina Jiménez y Francisco Enriquez Solano, *Fin de Siglo e Identidad Nacional en México y Centroamérica*, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000; ídem, *National identities in Central America in a comparative perspective: the modern public sphere and the celebration of centennial of Central American Independence September 15, 1921*, Kansas, Ph.D. Dissertation, University of Kansas, 2005; Edgar Solano Muñoz, “Memorias del abrazo eterno. La celebración de la anexión del Partido de Nicoya a Costa Rica”, en: Mauricio Menjívar, Ricardo Arqueta y Edgar Solano, *Historia y Memoria: Perspectivas Teóricas y Metodológicas*, Cuadernos de Ciencias Sociales, n° 135, San José, FLACSO; 2005, pp. 103–125.

independencia en la Costa Rica de principios del siglo xx, pretende contribuir a esa perspectiva analítica.

La invención de la fiesta escolar, 1899–1921

A principios de septiembre de 1899 la prensa nacional se mostró preocupada por la posibilidad de que no se conmemorara el día de la independencia nacional. El periódico *La República* apuntó al respecto: «Por fin, ¿se celebra ó no se celebra nuestro día nacional? En días pasados se dijo que el Gobierno pensaba hacer algo con ese fin; pero hasta ahora no hemos visto que se haya tomado ninguna disposición, con excepción de la que mandó ensayar cantos patrióticos en las escuelas». Cuatro días después el mismo diario se quejó por no visualizar ningún preparativo especial para la fecha y sentenció: «Tememos con fundamento, que el próximo 15 pase tan inadvertido como los anteriores, a pesar de todo sobre el particular se ha anunciado»¹⁵.

El gobierno se reservó la carta de juego bajo la manga hasta dos días antes del 15, cuando enteró a la capital de la celebración especial que tendría. El programa era novedoso: para el 14 de septiembre se anunciaba la iluminación del Monumento Nacional y de los parques públicos, así como una retreta en el parque Morazán; el 15 por la mañana, a eso de las ocho, se produciría por primera vez en esta fiesta un partido de fútbol provocadoramente emotivo: nacionales contra extranjeros, con cita en la Sabana. Al mediodía, el parque Morazán sería el espacio fundamental de la atención porque allí se verificaría una *fiesta escolar*.

Los escolares capitalinos habían estado ensayando «cantos patrióticos», junto con la banda militar, en el Edificio Metálico, al frente del parque Morazán¹⁶. La idea de la fiesta escolar para memorar el día de la independencia había sido auspiciada por la Subsecretaría de Instrucción Pública al mando de Justo A. Facio y para mejorar la presencia oficial asistió a ella el presidente de la República. Al mediodía, tal como lo había previsto el programa oficial, se reunieron en el parque todos los niños de las escuelas de San José, y «entonaron, al son de la música marcial, tres himnos patrióticos, que el numeroso público allí reunido oyó con religioso recogimiento». Una vez finalizada la actividad, el convite a los escolares integrado por refrescos y dulces, fue la forma en que el Inspector General de Enseñanza compensó la faena del día¹⁷.

Pero si la fiesta del 15 de septiembre de 1899 había adquirido un nuevo nombre al incorporar la presencia activa de los escolares, no será sino con su homónima de 1900 cuando, consagrado por las autoridades de educación

¹⁵ “Celebración del 15”. *La República*, 8 de setiembre de 1899, n° 4784, p. 2. “La Fiesta del 15”. *La República* 12 de setiembre de 1899, n° 4787, p. 2.

¹⁶ “Información Interior”. *La República*, 14 de setiembre de 1899, n° 4789, p. 2.

¹⁷ “La fiesta escolar”. *La República*, 17 de setiembre de 1899, n° 4791, pp. 2–3.

pública, el rito se tornará obligatorio y llamará en mayor medida la atención de la población. Las órdenes emanadas de la Secretaría de Instrucción Pública a los inspectores y maestros de San José a principios de septiembre de ese año, con el objeto de informar a los educadores acerca de los ritos y las actitudes que se debían seguir en la fiesta escolar, es un indicador de la reglamentación de la celebración escolar y, por ende, de su control. De hecho, los directores debieron acusar recibo de esas instrucciones al Inspector de Instrucción Pública de San José¹⁸.

De acuerdo con las instrucciones giradas el 13 de septiembre a «los directores y directoras» de San José, los escolares de la capital debían formarse alrededor del Parque Central a las 10 y media de la mañana, según un orden establecido. A la cabeza de cada escuela debía ubicarse el director o la directora, mientras que los maestros debían vigilar a los grupos que se les asignara; según la orden: «directoras y maestros desplegarán extremo cuidado en que los alumnos guarden orden y compostura y absoluto silencio en la marcha»¹⁹. Una vez conseguido eso, se emprendería una marcha hasta el Parque Nacional. Pero el control del desfile, base fundamental de esta estrategia festiva, no acababa allí. Las instrucciones señalaban que debía existir una distancia de 2 metros entre los niños que llevaban el pabellón nacional y los que llevaban la corona (obsequio corriente a las estatuas nacionales)²⁰; mientras que, entre una escuela y otra, debía existir una distancia de 4 metros. Finalmente, el desfile escolar «al pasar frente a la principal entrada del Parque Nacional, los alumnos saludarán al Sr. Presidente de la República y altos funcionarios del Estado»²¹.

¿De dónde procedía el interés del gobierno en impulsar este tipo de prácticas conmemorativas? ¿Cuál era el beneficio que obtenía la celebración con la incorporación de rituales escolares? ¿Por qué los niños? En 1902, cuando el Dr. Juan Fernández Ferraz, intelectual español radicado en el país, realizaba uno de los primeros intentos de acercamiento narrativo a las celebraciones de la independencia y su explicación, luego de referirse a las dos grandes fiestas del 15 de septiembre que él recordaba como espectaculares e importantes (1891 y 1895), indicaba que, sin embargo, existía una a la que creía como el «coronamiento y fin del pensamiento que nos guía, cual es el de mostrar cómo ha ido paulatina y sucesivamente en el último cuarto del siglo (XIX), sintiendo el pueblo costarricense más hondamente y con mayor entusiasmo expresando su afecto a las

¹⁸ Archivo Nacional de Costa Rica (de ahora en adelante ANCR), *Serie Educación*, n° 5689 (1900), fs. 65–66.

¹⁹ *Ibidem*, f. 67.

²⁰ Al respecto, así como para comparar con el caso barcelonés ver: Stéphane Michonneau, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Barcelona: Eumo Editorial, 2002, pp. 85–122.

²¹ ANCR, *Serie Educación*, n° 5689 (1900), fs. 65–66. Las descripciones que se hacen en el conjunto de informes que enviaron al Inspector de San José los directores de las escuelas de la capital son muy ricas en cuanto a la aplicación del reglamento de la fiesta escolar. Ver: fs. 69–90.

grandes manifestaciones de la cultura y del patriotismo»²². Fernández Ferraz se refería a la celebración del 15 de septiembre de 1900, a la que junto con la prensa llamó «fiesta escolar». Según Fernández, con ella se marcaba un nuevo rumbo en las actividades de recuerdo de la independencia porque:

«Ya el heroísmo de aquel soldado oscuro, superior a Ricaurte y a Leónidas en su arrojo y en su patriotismo: ya los luchadores por la soberanía e integridad de la Patria en los campos de Santa Rosa y Rivas, y en las turbulentas ondas de San Jorge y del San Juan, cedieron el puesto de honor á los héroes de la paz y del saber, á los maestros de escuela y a sus alumnos»²³.

La idea fundamental que expresaba el viejo intelectual era que las fiestas del 15 de septiembre habían alcanzado a hacer de los centros educativos, de los maestros y de los alumnos, sus principales actores, y —cosa novedosa— la fiesta de la independencia había pasado de un recuerdo militar a uno escolar. En efecto, después de 1899, la extensión del ritual de una celebración escolar se consolidó como una de las principales expresiones de la conmemoración de la independencia. El interés oficial era simple y tenía asidero en el ejemplo que vislumbraba en algunos países europeos y americanos: utilizar la escuela para formar ciudadanos y patriotas²⁴.

¿Qué era la fiesta escolar? La promoción de una conmemoración cuyo centro de atención, difusión y recepción eran niños y niñas en edades escolares, ofrecía un excelente sitio humano para la propagación del credo nacional. En un mismo momento, el *futuro de la patria* era comprometido en la representación de un conjunto de símbolos que etiquetaban a la nación y al país, cantando himnos patrióticos —aprendidos en la escuela gracias al desarrollo de la materia *canto*—²⁵, ofreciendo actos de expresión corporal o gesticular o bien alocuciones cortas por medio de diálogos, poesías y declamaciones, a la vez que ellos mismos recogían todo lo abonado. La escolaridad en fiesta suponía también la explicación del contenido de aquellos actos y los símbolos que en

²² Juan Fernández Ferraz, “Tres fiestas del 15 de Setiembre”, en: *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*, San José: Tipografía Nacional, 1902, p. 181.

²³ Fernández Ferraz, “Tres fiestas del 15 de Setiembre”, p. 182. Nótese que Fernández por omisión intencional o no, olvida la primera fiesta escolar que se realiza en 1899.

²⁴ En Francia en forma paralela a la secularización de la fiesta se presta mayor atención a la participación de los escolares en las conmemoraciones de la República, definiéndola como una «iniciación política de los ciudadanos del porvenir». Ihl, *La Fête Républicaine...*, pp. 272–296. Por su parte en Argentina desde 1887, el interés por revitalizar las fiestas patrias llevó al gobierno a involucrar a las escuelas y escolares en ellas. Bertoni, “Construir la Nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887–1891”, pp. 77–110.

²⁵ Ver al respecto: María Clara Vargas Cullell, *De las fanfarrias a las salas de concierto. Música en Costa Rica (1840–1940)*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000, pp. 205–248.

ellos se exponían²⁶. Al mismo tiempo, los educadores aprovechaban la ocasión para mostrar los símbolos de la nación a los párvulos y explicarles su significado. *La Prensa Libre* del 16 de septiembre de 1911 nos muestra uno de estos casos. Ante la presencia del Secretario de Instrucción Pública (Nicolás Oreamuno), las alumnas del Colegio Superior de Señoritas recibieron una charla del Director del colegio, J. Fidel Tristán, en la que «explicó á las niñas el símbolo de la bandera tricolor, que estaba colocada en parte culminante artísticamente adornada con flores y palmas, finalizando su alocución con las frasee [sic] de la jura de la bandera, juramento que hicieron con entusiasmo las alumnas»²⁷.

Un ejemplo parecido tenemos en el informe del director de la escuela de Hatillo, Respicio D. Calderón, quien en 1900 indicaba que luego de una marcha por el lugar, reunió a los niños en la casa del presidente de la junta escolar y les dio una pequeña charla. Luego informó al respecto: «El tema de mi pequeña alocución fue el significado del pabellón nacional, su valor, su representación, cómo debemos honrarlo, venerarlo, en qué momento debíamos correr presurosos á socorrerlo como buenos patriotas, cómo nos correspondía nuestra Patria, los pequeños servicios que le hacíamos, procuré sin vacilación infundir á los niños el patriotismo y celo por nuestro querido sueño, legado de nuestros mayores»²⁸.

Los actos conmemorativos del día de la independencia revestían una importancia fundamental para la formación de la nación costarricense. El momento que brindaba la fiesta de la independencia era perfecto para la propagación del discurso oficial que exponía los rasgos de la nación. Como señalaba en 1906 un corresponsal de *La República*: «[...] desde luego que con esto se despertará en esos tiernos seres el amor á la Libertad, á la Patria, inculcándoles á la vez sentimientos de civismo»²⁹. Abonando la misma idea e indicando la importancia que estas prácticas tenían para la extensión de la fiesta, se manifestaba un periodista del diario *El Día*, el 19 de septiembre de 1903 después de reseñar la fiesta escolar en Barva de Heredia: «Los ciudadanos de mañana ya llevan un recuerdo imperecedero, ya van acostumbrados, desde ahora, á festejar con entusiasmo los días de la patria, para la cual sentirán seguramente, más amor y respeto»³⁰.

La comunidad nacional de verdad se concebía en la escuela. De hecho, en 1903 el 15 de septiembre fue utilizado para el estreno de la nueva letra del Himno Nacional escrita por José María Zeledón (la música existía desde la década de 1850) y ejecutada por las voces de los niños y niñas de las escuelas en

²⁶ Ihl, *La Fête Républicaine*, p. 283.

²⁷ "En el Colegio Superior de Señoritas". *La Prensa Libre*, 16 de setiembre de 1911, n° 7123, p. 2.

²⁸ ANCR, *Serie Educación*, n° 5689 (1900), f. 69.

²⁹ "Notas de Naranjo". *La República*, 14 de setiembre de 1906, n° 6830, p. 2.

³⁰ "Corresponsales". *El Día*, 19 de setiembre de 1903, n° 871, p. 2.

la capital y fuera de ella³¹. Tal es el deseo oficial por extender entre los escolares el simbolismo, que en 1907 la Secretaría de Instrucción Pública encargó a los talleres nacionales la realización de 5.000 banderas para que fuesen cargadas por los alumnos de las escuelas en la fiesta del 15 de septiembre³².

En efecto, la conmemoración de la independencia se había convertido en una lección cívica para los educandos³³. Y no solo en ellos, ya que sus padres, madres y familiares, así como toda la comunidad, eran involucrados en el proceso de aprendizaje a través de varios medios. El desfile de los niños por las calles era uno de ellos. En marcha, con resonante paso militar, los párvulos tomaban las calles de las villas con inusitado frenesí y dispuestos a hacer evidente la alegría del día a la población. Quizás muchos padres, además, acudían a la reunión en el plantel educativo para observar la participación de sus hijos, hijas o familiares en los actos festivos, o para ayudar al educador a realizar con provecho y sin contratiempos la celebración. Comentarios sobre el público presente en la fiesta escolar se hicieron frecuentes en este estilo: «La asistencia del público fue numerosísima, ocupando todo el espacio libre de la plazoleta y las calles y avenidas, y hubo gran entusiasmo y vivas á la Patria»³⁴.

El espacio que ocupan los párvulos en fiesta es consecuente en la capital con el ideal de secularización del espacio público promovido desde el siglo XIX por el Estado. Sin embargo, no era solo en las escuelas donde se desarrollaba la fiesta. Generalmente en la capital se apoderan de las calles y avenidas para realizar desfiles que casi siempre terminan en el parque Morazán con una ceremonia entonada por la municipalidad josefina y el poder Ejecutivo. La forma

³¹ Vargas Cullell, *De las fanfarrias a las salas de concierto. Música en Costa Rica (1840–1940)*, pp. 227–230. “Corresponsales”. *El Día*, 18 de setiembre de 1903, n° 870, p. 2. Este diario menciona la ejecución del nuevo himno en Alajuela, Tres Ríos, Santo Domingo de Heredia, Cartago, Barva de Heredia, Paraíso de Cartago, Tejar de Cartago y Santa María de Heredia.

³² “Banderas”. *La Prensa Libre*, 8 de setiembre de 1907, n° 5989, p. 3.

³³ En 1907, al comenzar la crónica de la fiesta escolar, el periodista de *La Prensa Libre* indicaba: «Los procedimientos para dar educación cívica á las generaciones que se levantan, también han evolucionado; siguiendo el nuevo rumbo trazado por el progreso moderno á la enseñanza, á estas horas el cultivo del sentimiento cívico se hace en los países de la *vanguardia moderna*, con el mismo esmero y por los mismos medios con que se hace el cultivo de los demás sentimiento morales [...] Las cartillas de instrucción cívica como las de moral han desaparecido de las escuelas de aquellas Naciones, y la instrucción cívica se enseña en ejemplos, cuadros, anécdotas, máximas, biografías de grandes hombres, fiestas, y más que todo, con la práctica de la república escolar, en donde los niños practican á todas horas el cumplimiento del deber republicano, al mismo tiempo que, celosos, hacen respetar los derechos que van adquiriendo: es así, como se forman ciudadanos. En cuanto á nosotros, las dos fiestas escolares celebradas con motivo de los dos últimos aniversarios de la Independencia nacional, muestran la favorable evolución que va sufriendo la enseñanza cívica en nuestras escuelas». “Fiesta Escolar”. *La Prensa Libre*, 16 de setiembre de 1907, n° 5994, p. 2. Hacia finales de la primera década del siglo XX la educación cívica ha cobrado una importancia fundamental para el modelo educativo del Estado. En 1908, con la realización del Congreso Pedagógico Nacional en el Colegio Superior de Señoritas, el tema XXV fue dedicado por completo a la deliberación sobre el asunto con el título: “La Instrucción Cívica en la Escuela Primaria”. Oficial, *Memoria de Instrucción Pública 1909*, San José, Imprenta Nacional, 1910.

³⁴ “Fiesta Escolar”. *La Prensa Libre*, 16 de setiembre de 1907, n° 5994, p. 2.

de tránsito de los niños es la marcha, adopción que hicieran de los desfiles militares, de forma que ya en 1907 se les asocia con una novedosa imagen que se conjugaba perfectamente con el discurso de paz con que la oficialidad caracterizaba al costarricense: «el ejército escolar de San José, compuesto de unos 4900 niños, acompañado con sus banderas y estandartes desplegados, listo para marchar á rendir á Costa Rica un tributo de cariño y de respeto en el gran día de la libertad»³⁵.

En contraste con los sitios de fiesta escolar de la capital, en los lugares más alejados de allí, e incluso en las ciudades cabeceras de provincias del Valle Central, la iglesia sigue poseyendo un papel fundamental para la reunión, incluso escolar. La misa y el Tedeum que durante el siglo XIX eran obligatorias para los políticos³⁶, se desarrollan ahora con la presencia de los estudiantes. El desfile que se hace posteriormente no ubica al Palacio Municipal como próxima parada, sino un edificio de educación. En Cartago en 1900, los escolares transitaron de la iglesia al Colegio San Luis Gonzaga; en Santa Bárbara de Heredia en 1903, se pasó del Tedeum a la escuela local, al igual que en Santiago de Puriscal, Barva de Heredia y Paraíso de Cartago; en Desamparados en 1905, después del acto religioso se regresó a la «escuela que bien preparada estaba para la fiesta escolar». El mismo desfile se repite en Naranjo en 1906, en Atenas en 1907, en Grecia en 1908 e incluso en Heredia en 1911³⁷. Es fundamental, por lo tanto, explicar su incidencia en la fiesta escolar y la simbología que esta suponía.

La imagen del templo en la celebración es pragmática: ante la falta de edificios y parques públicos, se utiliza el espacio más populoso que se conoce. Por otro lado, el poder que poseen los sacerdotes fuera de los centros en donde han avanzado las ideas modernas secularizadas es más que evidente, amparados en una fuerte piedad popular. Sin embargo, la diferencia entre el lugar festivo capitalino y el de las provincias presenta una significación fundamental en el juego de creación de la memoria. Si bien en la capital la celebración estudiantil puede realizarse en lugares recién inaugurados (el parque Morazán o el Nacional, por ejemplo), en donde la memoria es virgen porque no presentan antecedentes; en donde se utiliza el templo no pasa lo mismo. Aunque las iglesias fuesen nuevas, estos sitios ofrecen una representación simbólica antigua por su naturaleza

³⁵

³⁶ David Díaz Arias, “Invención de una tradición: la fiesta de la independencia durante la construcción del Estado en Costa Rica, 1821–1871”, en: *Revista de Historia*, n° 45 (enero–junio 2002), pp. 105–162.

³⁷ “Correspondencia”. *La República*, 20 de setiembre de 1900, n° 5084, pp. 2–3. “Corresponsales”. *El Día* 22 de setiembre de 1903, pp. 2–3. “Corresponsales”. *El Día*, 19 de setiembre de 1903, n° 871, p. 2. “De Desamparados”. *La República*, 21 de setiembre de 1905, n° 6604, p. 2. “notas de Naranjo”. *La República*, 14 de setiembre de 1906, n° 6830, p. 2. “Notas Atenienses”. *El Orden Social*, 28 de setiembre de 1907, n° 282, p. 3. “De Grecia”. *La Prensa Libre*, 22 de setiembre de 1908, n° 6284, p. 3. “El día de la patria en Heredia”, *La Prensa Libre*, 14 de setiembre de 1911, n° 7122, p. 2.

misma: la religión³⁸. Mientras que en la capital se erigen altares nuevos a la patria representados en las estatuas a los héroes y, sobre todo, en el pabellón nacional; en las iglesias de los poblados el altar mayor manifiesta otra imagen: la sumisión de la patria a lo sagrado. Tal es el cuadro que se expone en una celebración en Santiago de Puriscal en 1903: «A la cabeza de las dos filas de escolares caminaban tres niñas que portaban la bandera nacional y una vez en la santa iglesia parroquial, se arrodillaron las abanderadas al pie de las gradas del altar mayor...»³⁹.

La expresión simbólica que suponía el rito escolar fue muy bien recibida por la prensa. En el periodo 1900–1921, la fiesta escolar se granjeó el centro de las actividades del 15 de septiembre: fue celebrada en veinte ocasiones, consolidándose como el evento principal de la conmemoración de la independencia⁴⁰. Al mismo tiempo, propició como nunca antes la extensión geográfica de la conmemoración de la emancipación hacia todas las direcciones. La idea de que una fiesta de tipo cívico era propia de la cultura urbana comienza a desvanecerse con este rito, puesto que en pequeños poblados perdidos en las montañas del Valle Central, la fiesta se hace efectiva gracias a la labor magisterial y desde luego a la existencia de una escuela. Lugares rurales como Naranjo, Santa Bárbara de Heredia, Atenas, Tres Ríos y Santiago de Puriscal, entre otros, acogieron la ceremonia escolar del día de la independencia⁴¹. En 1900, cuando las escuelas josefinas cantaban himnos en honor al día, podían estar seguros de que —gracias a la orden ministerial— todos los escolares del país hacían

³⁸ Esta idea la tomo del análisis que hace Mona Ozouf de lo que ella llama *l'espace sans qualités* en las fiestas revolucionarias francesas. Ozouf, *La Fête Révolutionnaire, 1789–1799*, pp. 150–158. Como indica Ozouf la principal ventaja de este espacio es ser *un espace sans mémoire*.

³⁹ “Santiago de Puriscal”. *El Día*, 22 de setiembre de 1903, n° 873, pp. 2–3.

⁴⁰ La celebración de la fiesta escolar alcanzó una realización continua en este periodo. Solamente en 1901 no fue realizada con ahínco en el ritual, debido a la muerte del obispo Thiel, tal y como explicaba *La República*: «No hubo fiesta especial ninguna para la celebración del aniversario de la independencia nacional... Explicase tal apatía por no haber transcurrido aún nueve días del fallecimiento del Sr. Thiell». “15 de setiembre”. *La República*, 17 de setiembre de 1901, n° 5361, p. 2. La muerte del líder de la Iglesia Católica costarricense incluso hizo al Congreso decretar duelo nacional. ANCR, *Serie Congreso*, n° 2655 (10 de setiembre de 1901).

⁴¹ “Corresponsales”. *El Día*, 22 de setiembre de 1903, n° 873, pp. 2–3. “Corresponsales”. *El Día*, 18 de setiembre de 1903, p. 2. “Corresponsales”. *El Día*, 19 de setiembre de 1903, n° 871, p. 2. “De Tres Ríos”. *La República*, 21 de setiembre de 1905, n° 6604, p. 2. “Notas de Naranjo”. *La República*, 14 de setiembre de 1906, n° 6830, p. 2. “Notas Atenienses”. *El Orden Social*, 28 de setiembre de 1907, n° 282, p. 3. “De Naranjo”. *La Prensa Libre*, 5 de setiembre de 1908, n° 6272, p. 3. “Notas de Santa Bárbara”. “De Candelaria de naranjo”. Ambas en: *La Prensa Libre*, 21 de setiembre de 1908, n° 6283, pp 3–4 “De Grecia”. *La Prensa Libre*, 22 de setiembre de 1908, n° 6284, p. 3. “De Capellanes de Cartago”. *El Orden Social*, 3 de octubre de 1908, n° 335, p. 4. “Régimen Municipal [Municipalidad de Santa Ana]”. *La Gaceta*, 21 de setiembre de 1909, n° 69, p. 282. “El día de la patria en Las Pavas”. *La Prensa Libre*, 18 de setiembre de 1911, n° 7124, p. 3. “El 15 de Septiembre en Santa Bárbara de Heredia”. *La República*, 13 de setiembre de 1913, n° 8867, p. 1. “Notas de Juan Viñas”. *La República*, 18 de setiembre de 1913, n° 8870. “Fiesta escolar en Río Segundo”. *La Prensa Libre*, 21 de setiembre de 1916, n° 6659, p. 3.

lo mismo⁴². La imagen que nos da Alfredo Volio en la *Memoria de Instrucción Pública* de 1909 lo precisaba: «En el año anterior, [para la celebración de la emancipación] aun en el último pueblecito del país se levantó un coro de niños para saludarla»⁴³. Por primera vez, la impresión de una fiesta nacional realizada en sincronía en todo el país fue un hecho.

En conjunción con los actos cívicos y las marchas, el deporte que se practica como parte de la conmemoración de la independencia en las escuelas aporta lo suyo. La organización de estos espacios de expresión corporal comienza en los primeros años del siglo xx, cobrando mayor fuerza y reiteración a partir de 1904. Con particularidad, el fútbol lleva la batuta en la colaboración de la fiesta, por lo demás en un momento en que se encuentra en plena expansión social y geográfica al interior del país⁴⁴. En realidad no puede afirmarse que el Estado sea quien auspicia estas actividades con un fin especial como, por ejemplo, formar jóvenes robustos que pudiesen actuar como buenos soldados en cuanto se les necesite⁴⁵. Empero, tienen una función fundamental: promover el encuentro comunal y auspiciar su participación. Con el deporte en la fiesta se abre una puerta para la expresión cultural que anima la competencia individual y grupal, enfrenta a grupos distintos, y crea un espacio relativamente autónomo para la juventud⁴⁶. El interés quedaba claro desde 1899, cuando un cronista del periódico *La República*, al comentar el partido de fútbol que celebró la emancipación ese año, alegó:

«Esos son los hábitos que debiéramos implantar, esas las diversiones que convienen á la generación presente, para preparar generaciones robustas en los tiempos venideros. Todo cuanto se haga en beneficio del *Club Sport*, redundará en provecho de las costumbres, y, por consiguiente, en provecho de la sociedad»⁴⁷.

⁴² ANCR, *Serie Educación*, n° 5689 (1900).

⁴³ ANCR, *Serie Congreso*, n° 21132 (1909), f. 9–9v.

⁴⁴ Chester Urbina Gaitán, *Costa Rica y el deporte. Un estudio acerca del origen de fútbol y la construcción de un deporte nacional*, Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 2001.

⁴⁵ Eso sí ocurre en Argentina, en donde las instituciones educativas del siglo xix debían ser al mismo tiempo una «escuela del soldado» y la educación física en los planteles se apoyó con el interés de formar soldados en el patriotismo y la defensa de la patria y esparcir la disciplina en los escolares. Lilia Ana Bertoni, «Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo xix», pp. 35–57.

⁴⁶ Los mismo, aunque más tardío por su ruralidad, ocurre en Tecamachalco, Puebla. Mary Kay Vaughan, «The Construction of the Patriotic Festival in Tecamachalco, Puebla, 1900–1946», en: William Beezley (et. al.), *Rituals of Rule, Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, Wilmington DE, Scholarly Resources Inc., 1994, pp. 213–245. Ver además: Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants, and Schools in Mexico*, Tucson: University of Arizona Press, 1997 y Mary Kay Vaughan, «Nationalizing the Countryside: Schools and Rural Communities in the 1930s», en: Mary Kay Vaughan y Stephen E. Lewis, *The Eagle and the Virgin: Nation and Cultural Revolution in Mexico, 1920–1940*, Duke University Press, 2006, pp. 157–175.

⁴⁷ «El foot–ball del 15». *La República*, 17 de setiembre de 1899, n° 4791, p. 4.

En el caso de las escuelas, la organización de la celebración deportiva estuvo tan ajustada al deseo de los estudiantes como al interés magistral porque canalizaran sus energías en estas actividades y se alejasen del licor, a la vez que se proponían como nuevas formas de introducir nociones de patriotismo y cultura nacional⁴⁸.

La administración de Alfredo González Flores se encargó de consagrar la fiesta escolar al afirmarla como otro de los símbolos de la nación costarricense. Su estrategia: sacar de una vez por todas a la milicia de la conmemoración y suplantarla por los párvulos. En una carta a la prensa capitalina del «Jefe Técnico y Administrativo de Instrucción Pública», Justo A. Facio, aclaraba la idea: «Precisamente, ya es oportuno, a mi ver, colocar la imagen benigna de la Patria sobre pedestal que no esté sustentado por trofeos de guerra. El 15 de setiembre no puede dar pábulo a alardes de soberbia superioridad...». El deseo de Facio era hacer desfilar ante los niños, «la figura de los personajes que más eficazmente han servido a la Patria, por medio de lecturas, poesías, relaciones, etcétera que puedan evocar la memoria de patricios y de héroes como don Juan Mora Fernández, don Juan Rafael Mora, Juan Santamaría [...] [sin importar] que esta preparación haga necesario sacrificar un poco las otras disciplinas escolares». Para lograr tal fin, Facio señalaba que los inspectores escolares recibieron la orden de que durante los seis días anteriores al 15 de septiembre, las escuelas debían dedicarse «con toda particularidad a cultivar en el niño el sentimiento de la patria por aquellos medios...». En consecuencia, y ante la labor que involucraban esos actos, el día siguiente a la celebración sería considerado como «asuetto a todas las escuelas de la República»⁴⁹.

El camino estaba escarpado y el rito había alcanzado su nivel más alto. La fiesta escolar pasaba ahora a formar parte de una nueva imagen de la nación costarricense que fortalecía la etiqueta pacifista: un país con más maestros que soldados. Hacia 1920, se bautizará a los seis días anteriores a la fecha de la emancipación como *la semana cívica*. Esta actividad principiaba y terminaba con el canto del Himno Nacional, y congregaba a los escolares cada día a una «lección cívica» en la que una maestra se encargaba de disertar sobre «algún

⁴⁸ La situación es evidente en todos los eventos deportivos: “El 1er Match de Polo”. *La Prensa Libre*, 16 de setiembre de 1904, n° 4464, p. 3. “Preparativos de Fiestas”. *La República*, 13 de setiembre de 1906, n° 6829, p. 2. “Match”. *La Prensa Libre*, 8 de setiembre de 1907, n° 5989, p. 3. “Foot-ball”. *La Prensa Libre*, 10 de setiembre de 1908, n° 6276, p. 3. “El día de la patria en Heredia”. *La Prensa Libre*, 14 de setiembre de 1911, n° 7122, p. 2. “Los festejos de San José en el día de la Independencia”. *La Prensa Libre*, 13 de setiembre de 1912, n° 7493, p. 1. “De Sport”. *La República*, 17 de setiembre de 1913, n° 8869, p. 1. “Las fiestas deportivas del día de la Patria”. *La Prensa Libre*, 17 de setiembre de 1916, n° 6654. “Las fiestas deportivas de ayer en la capital y en provincias”. *La Prensa Libre*. 16 de setiembre de 1916, n° 6656, p. 3. “El match en Alajuela”. *La Prensa Libre*, 22 de setiembre de 1916, n° 6660, p. 3. “Deportes para el 15”. *Diario de Costa Rica*, 2 de setiembre de 1920, n° 349, p. 4. “Concurso atlético del Liceo de Costa Rica”. *Diario de Costa Rica*, 9 de setiembre de 1920, n° 355, p. 4.

⁴⁹ “Cómo será celebrado el 15 de Setiembre en todas las escuelas de la República”. *La Prensa Libre*, 7 de setiembre de 1915, n° 9875, p. 2.

hecho histórico y sobre nuestros viejos patricios, al mismo tiempo en que los niños han efectuado diversas discusiones sobre temas nacionales»⁵⁰. A través de esta actividad se pretendía aumentar el conocimiento estudiantil sobre los hombres políticos que el gobierno consideraba como los más importantes en el pasado histórico. Con ello, se buscaba acentuar en la conciencia infantil la creencia en los héroes de la patria desde 1821. Así, hacia principios de la década de 1920 la fiesta escolar aparecía como la principal actividad que involucraba a niños y niñas en la fiesta de la independencia y los introducía en el lenguaje nacionalista. Pero pronto, al madurar esa celebración, se hizo uso de ella para exponer nuevos valores asociados con la patria, especialmente el de la salud.

Infancia, salud y ciudadanía, 1922–1932

Es cierto que los ritos organizados en torno a la fiesta escolar solamente tendieron a fortificarse después del centenario de la independencia. No obstante, al mismo tiempo, se produjo una discusión pública con respecto a la manera en que niños y niñas escolares debían participar en las actividades conmemorativas. Esa discusión permite observar las diferentes formas en que se concebía el papel de la infancia en el recuerdo del pasado nacional. A su vez, la misma celebración de la independencia servía para construir discursos sobre la manera en que los niños debían participar en la forja del futuro de la nación.

Uno de los principales ritos que se moldearon después del centenario de la emancipación, y que relacionaron en forma estrecha a la infancia, la conmemoración, el pasado y el futuro de la patria fue lo que se llamó la «procesión de la salud». Dicha procesión consistió en una marcha de niños y niñas por las calles de la capital, similar a la que hacían por efecto de la fiesta de la escolar, pero ahora cargada con un contenido fundamental para la nación: extender y preservar la salud de la *raza* costarricense, especialmente cuidando de la infancia⁵¹. Esa imagen es muy clara en parte de la descripción que hizo la prensa nacional con respecto a la primera procesión de la salud en San José en 1922:

«Y van pasando escuelas, son una legión de niños interminable que marchan en desfile triunfal portado estandartes con leyendas edificantes y con consejos sabios. Todos van alegres, todos van llenos de gozo. Y van pasando escuelas. Son cinco mil niños de ambos sexos los que pasan en medio de una muchedumbre que contempla entusiasmada este desborde de juventud y patriotismo.

⁵⁰ «La semana cívica de la Escuela Colón». *Diario de Costa Rica*, 17 de setiembre de 1920, n° 361, p. 1. «Información de los pueblos». *Diario de Costa Rica*, 23 de setiembre de 1920, n° 366, p. 7. «Información de los pueblos». *Diario de Costa Rica*, 24 de setiembre de 1920, n° 367, p. 3. «Información de los pueblos». *Diario de Costa Rica*, 25 de setiembre de 1920, n° 368, p. 7. «Información de los pueblos». *Diario de Costa Rica*, 26 de setiembre de 1920, n° 369, p. 6.

⁵¹ «La gran procesión de la salud verificada el viernes», *La Tribuna*, 17 de setiembre de 1922, p. 3.

[...] Es, amigo, la procesión de la salud. Es nuestro futuro. Es la escuela de la energía y el valor. Es la gloria de mañana. Es acabar para siempre con la idea de que los latinos estamos en planos inferiores de vida muscular. Es juntar a la profusión de nuestra inteligencia y de nuestro espíritu, la profusión de salud y convertirnos así en atletas de una futura raza que ha de mantener con dignidad y con decoro el nombre de Costa Rica, el de Centroamérica si fuere necesario, y el de nuestros antepasados que así han laborado para el porvenir de esta pequeña patria, tan grande y tan amada»⁵².

Los carteles que cargaban los niños eran direcciones con respecto a las maneras cotidianas en que se podía cuidar la salud: «Madres: Lavad a vuestros hijos»; «Dormid siempre con la ventana abierta»; «Limpiad vuestros dientes lo menos dos veces al día»⁵³. Un año después, en 1924, los carteles van a ser más variados pero siempre apuntando al objetivo de subrayar la salud como un valor: «El juego al aire libre desarrolla los órganos, activa las funciones y da salud y alegría»; «En los hogares en donde se hace del trabajo una religión, hay dicha, hay pan y hay paz»; «Niños, ¿queréis conservaros sanos? Vivid al aire libre tanto como os sea posible; rendid culto a la limpieza, servíos de alimentos sanos, limpios y nutritivos; dormid como mínimo ocho horas y destinad una hora diaria al ejercicio o al sport»; «El Baño es un placer y una necesidad. Niños: Haced del Baño un hábito»; «Las vitaminas son elementos esenciales en el proceso de nutrición. Las frutas frescas son ricas en vitaminas. Los niños deben tomar jugo de naranja de una manera sistemática»⁵⁴. Junto a esos carteles, circularon hojas sueltas con ideas y consejos similares sobre la salud. En 1924 además se utilizó la procesión de la salud para emprender una campaña en contra del consumo de alcohol, promover el consumo de leche e impulsar a las madres para que dieran pecho a sus recién nacidos⁵⁵.

El fin primordial de la actividad, empero, no era solamente distribuir consejos sobre la salud, sino recaudar fondos para construir un lugar «a donde poder enviar a los niños cada vez que se observe en ellos pruebas de decaimiento físico ya sea producido como consecuencia de una enfermedad o por haber vivido durante largo tiempo en un ambiente antihigiénico soportando una mala alimentación»⁵⁶. Las principales propulsoras del proyecto fueron las maestras María Isabel Carvajal (mejor conocida por su seudónimo de escritora: Carmen Lyra) y Lilia González.

⁵² “Las fiestas patrias”, *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1922, p. 2.

⁵³ “La gran procesión de la salud verificada el viernes”, *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1922, p. 3.

⁵⁴ “La procesión de la salud”, *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1924, p. 4.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ “La gran procesión de la salud verificada el viernes”, op. cit., p. 3.

Los antecedentes de este discurso de salud que se colaba en la fiesta de la independencia se pueden encontrar en lo que, a principios del siglo xx, el presidente Cleto González Víquez llamó la *auto-inmigración*. El concepto de González Víquez era sumamente racista y se recreaba en el ideal que concebía a Costa Rica como una sociedad blanca y homogénea, sin indígenas y sin poblaciones de origen africano, y que, por tanto, debía preservar esa particularidad para seguir existiendo como nación. Así, en un discurso al Congreso en 1908, González Víquez señaló que en vez de fomentar la inmigración de extranjeros, Costa Rica debía propiciar la «auto-inmigración», es decir, «llevar al máximo la producción de y la reproducción nacional por medio de una baja en la tasa de mortalidad infantil y la implementación de medidas moral y biológicamente sanitarias en toda la República»⁵⁷. Ya que González Víquez temía que la imagen de homogeneidad se alterara con la llegada de inmigrantes, lo mejor, según él, era robustecer la población nacional y hacerla crecer. Hay evidencias muy claras de que esa visión racista se extendió entre las clases populares costarricenses a principios del siglo xx y de que en las décadas de 1910 y 1920 tenía un eco importante entre obreros y artesanos⁵⁸.

La otra vertiente de la que tomaba aliento la idea de la *procesión de la salud*, venía de las políticas del Estado con respecto a la salud. Otra vez, el discurso en ese sentido había sido esculpido en primera instancia a finales del siglo xix y, especialmente, a principios del siglo xx. En efecto, la política social que se empezó a auspiciar en la década de 1870 con la ampliación de la burocracia, pero, con más fuerza, en la salud con una especie de “Reforma Médica” entre 1880 y 1894 (la creación del Instituto Nacional de Higiene, la Policía de Higiene, la transformación del Protomedicato y de la Asociación Médica en la Facultad de Medicina, la Ley sobre Médicos de Pueblo y la Ley de Profilaxis Venérea), tendió a consolidarse en los inicios del siglo xx con la campañas auspiciadas por la Fundación Rockefeller⁵⁹. Por su parte, las obras públicas se

⁵⁷ Steven Palmer, “Hacia la ‘Auto-inmigración’, El nacionalismo oficial en Costa Rica 1870–1930”, Arturo Taracena y Jean Piel (editores), *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 75–85.

⁵⁸ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época Liberal (1870–1930)”, Iván Molina y Steven Palmer (eds), *El Paso del Cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)*, San José, Editorial Porvenir, 1994, pp. 145–165, especialmente p. 156.

⁵⁹ Steven Palmer, “Adiós *Laissez-Faire*: la política social en Costa Rica (1880–1940)”, en: *Revista de Historia de América* (México), n° 124 (enero–junio de 1999), pp. 99–117; ídem. “Salud Imperial y Educación Popular. La Fundación Rockefeller en Costa Rica desde una perspectiva centroamericana (1914–1921)”, en: Iván Molina y Steven Palmer, *Educando a Costa Rica. Alfabetización Popular, Formación Docente y Género (1880–1950)*, San José, Costa Rica, Editorial Porvenir, Plumsock Mesoamerican Studies, 2000; Steven Palmer, *From Popular Medicine to Medical Populism: Doctors, Healers and Public Power in Costa Rica, 1800–1940*, Durham, Duke University Press, 2003; Juan José Marín, “De curanderos a médicos. Una aproximación a la historia social de la medicina en Costa Rica: 1800–1949”, en: *Revista de Historia*. (Heredia–San José), n° 32 (julio–diciembre de 1995), pp. 65–108.

manifestaron fundamentalmente en la creación de escuelas y centros de salud. Mientras tanto, el control de la prostitución, la creación de un nuevo código de *Policía del Orden y la Seguridad de la ciudad de San José* (1908), la construcción de una nueva penitenciaría en la capital (1909) y la proliferación de instituciones filantrópicas financiadas por el tesoro público (como la Gota de Leche fundada en 1913), permitieron a las autoridades estatales intervenir y regular las vidas y cotidianidades de la población⁶⁰. Ese proceso condujo a la creación de la Subsecretaría de Salud en 1922, justamente el año en que se inauguró la procesión de la salud, y a su transformación en Secretaría de Salubridad y Protección Social en 1927⁶¹.

Por eso, parte de ese esfuerzo de inyección de visiones modernas sobre la salud ciudadana se vislumbra en la *procesión de la salud*. En ella, se expresó con insistencia la necesidad de vincular la salud con los valores patrios. Al respecto, la maestra y escritora Carmen Lyra, impulsora de la *procesión*, escribió un artículo en el que definió la palabra *patriota* no en términos de sacrificio o muerte por la nación, sino como un valor que se inspiraba en la vida. Para ella, el futuro de la patria dependía de asegurar el bienestar de los niños costarricenses impulsando su salud⁶². Incluso ese ideal de conmemorar el pasado y la independencia en términos de apoyo a la salud moderna se imprimió en 1923 con un nombre específico al inaugurarse en San José el 15 de septiembre un busto en honor de Louis Pasteur. El discurso justificativo y legitimador de ese busto giró otra vez alrededor de la relación entre ciencia moderna, patria, pasado de progreso y salud⁶³. De hecho, en esencia, esa misma fórmula se presentará en las siguientes procesiones de la salud verificadas en la década de 1920⁶⁴. Es más, tan pronto como en 1924 a esa práctica se la considerará ya como una *institución*, en el sentido de que era ya una actividad conmemorativa robusta y continuada⁶⁵. No obstante, el augurio fue errado, puesto que después de 1926 desaparecieron de la prensa las referencias oficiales al rito de marcha que proponía la salud como una práctica patriótica. De hecho, aunque hubo una

⁶⁰ Steven Palmer, “Confinamiento, mantenimiento del Orden y Surgimiento de la Política Social en Costa Rica, 1880–1935”, en: *Mesoamérica* (Guatemala), n° 43 (junio del 2002), pp. 17–52; Juan José Marín, “Prostitución y pecado en la bella y prospera ciudad de San José (1850–1930)”, Iván Molina y Steven Palmer (editores), *El Paso del Cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)*, San José, Editorial Porvenir, 1994, pp. 47–80; Juan José Marín, “Civilizando a Costa Rica: la configuración de un sistema de control de las costumbres y la moral en la provincia de San José, 1860–1949”, Barcelona, Tesis de Doctorado, Universidad de Barcelona, 2000.

⁶¹ Ana María Botey Sobrado, “Salud, higiene y regidores comunistas, San José (1933)”, *Diálogos Revista Electrónica de Historia* (Costa Rica), Vol. 9, n° (agosto–febrero, 2009), pp. 2–22.

⁶² “Patria”, *La Tribuna*, 23 de septiembre de 1922, p. 2.

⁶³ “Inauguración del busto de Pasteur verificada el 15 de setiembre”, *La Tribuna*, 18 de septiembre de 1923, p. 2; “De la inauguración del busto de Pasteur”, *La Tribuna*, 20 de septiembre de 1923, p. 6.

⁶⁴ “La procesión de la salud”, *La Tribuna*, 18 de septiembre de 1923; “La procesión de la salud”, *La Tribuna*, 12 de septiembre de 1924, p. 2; “La procesión de la salud”, *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1924, p. 4; “La procesión de la salud efectuada el martes”, *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1925.

⁶⁵ “La procesión de la salud”, *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1924, p. 4.

procesión de la salud en 1927, la prensa aclaró muy pronto que no era oficial, ante la desidia de varias escuelas a participar en el esfuerzo de organización⁶⁶. En su lugar, en cambio, aparecerá una importante discusión sobre el papel del Himno Nacional en la celebración de la fiesta de la independencia, y la afirmación de un sentimiento de nación entre los educandos y sus familias.

Como ha probado María Clara Vargas, no va a ser sino hasta después de 1888 que la música del Himno Nacional obtendrá atención repetida en la fiesta de la independencia como una *tradicción nacional*, y su difusión masiva será en mayor medida apuntada en las ceremonias civiles posteriores a 1903 cuando se estrene su nueva letra⁶⁷. Después de que se inventa la fiesta escolar, los niños cantores en las plazas, los parques, las escuelas y las iglesias, comenzarán a aprender el ritmo y la letra del himno y lo integrarán como parte de los actos cívicos. Así, gracias a la escuela, el Himno Nacional formaba parte activa de las fiestas de la independencia a principios de la década de 1920. Pero al final de esa década la crítica impresa en los periódicos remitía a que realmente muy pocas personas sabían su letra y a que no se entonaba con la seriedad que ameritaba.

Así, a principios de septiembre de 1927, J. Daniel Zúñiga, quien firmaba como Director Técnico de Música, reveló a la prensa las instrucciones giradas a todos los inspectores y visitantes de las escuelas con la orden de que el Himno Nacional se cantara con todo fervor y entusiasmo. Además, Zúñiga indicaba que los maestros de música debían enseñar a los párvulos el Himno «con toda escrupulosidad» («letra y música, estrofa por estrofa, explicando el significado de todas las palabras») después del tercer grado. La orden indicaba que se debía repasar el Himno una vez por semana o al menos una vez cada 15 días y que se debía excitar a los padres de familia y a otros asistentes a las fiestas

⁶⁶ «La procesión de la salud no tendrá carácter oficial», *La Tribuna*, 15 de septiembre de 1927, p. 3.

⁶⁷ Vargas Cullell, *De las fanfarrias a las salas de concierto. Música en Costa Rica (1840–1940)*, pp. 227–230. La letra del Himno Nacional escrita por José María Zeledón, fue presentada a un concurso en primera medida promovido por el diario capitalino *El Heraldo* a partir de 1900, alegando que la que hasta entonces poseía presentaba unos versos «inarmónicos, lánguidos, desmayados». Citado por «Himno Nacional». *La República*, 22 de setiembre de 1900, n° 5086, p. 2. El Gobierno acogió con mucho agrado la actividad a la que convocó a la población y ya el 15 de setiembre de 1903 estrenó la nueva letra en simultaneidad a lo largo del territorio del país, utilizando a los alumnos de las escuelas. Según Steven Palmer, la letra de Juan Fernández Ferraz que se cantaba como Himno Nacional anteriormente fue considerada «demasiado intelectual y no popular» y por ello se reemplazó por la de Zeledón «más populista» y que utilizaba «imágenes autóctonas». Steven Palmer, «Sociedad Anónima, Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica, 1848–1900», en: Iván Molina y Steven Palmer (editores), *Héroes al Gusto y Libros de Moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750–1900)*, San José, Editorial Porvenir, Plumsock Mesoamerican Studies, 1992, pp. 169–205, particularmente p. 205, nota 101. Con respecto al concurso en el que se eligió la letra para el himno presentada por Zeledón, así como la discusión que se formuló por ello, ver: Iván Molina Jiménez, *La ciudad de los monos. Roberto Brenes Mesén, los católicos heredianos y el conflicto cultural de 1907 en Costa Rica*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, Editorial de la Universidad Nacional, 2002, pp. 63–73. Un análisis de la letra del Himno Nacional se desarrolla en: Amoretti, María. *Debajo del canto*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1987.

escolares a cantar el Himno junto con los niños. Finalmente, Zúñiga apunta el lugar de la infancia en ese proceso de masificación y ritualización del canto del Himno al señalar que él creía que «los mejores agentes de propaganda para conseguir algún día esta noble y patriótica costumbre son indudablemente los mismos niños»⁶⁸. El proyecto de canto obligatorio del Himno, planeado por el Secretario de Instrucción Pública Luis Dobles Segreda, tuvo éxito⁶⁹. Cinco años después, la Secretaría de Instrucción Pública incluso convenció a la de Gobernación de que girara una orden para que el 15 de septiembre «en toda la República, por las bandas filarmónicas, escuelas, estaciones transmisoras de radio, y por todos los medios posibles, se toque o cante, a las diez horas en punto, el Himno Nacional». La medida además pedía la paralización de actividades y del tráfico en todo el país mientras se cantaba el Himno⁷⁰. En esencia, se trataba de la primera vez que el país entero, y ya no solo los niños escolares, se unía bajo las notas y el canto del Himno Nacional. Estaba muy claro que para principios de la década de 1930 la fiesta escolar había conducido a la consolidación de la identidad nacional costarricense.

Conclusión

Entre 1899 y 1921, la fiesta escolar se constituyó en el ritual más importante de la fiesta conmemorativa de la independencia en Costa Rica. El éxito de esa actividad fue múltiple: involucró a los niños y niñas de todas las escuelas del país, quienes eran a su vez quizás al sector que podía atraer con más fuerza a los otros sectores sociales; programó actividades celebrativas parecidas en todos los centros de enseñanza y con eso le dio repetitividad al rito conmemorativo; y creó una relación directa entre el pasado y el presente que se expresó muy claramente en las actividades ejecutadas por los niños. El otro plano en que fue un éxito dicha fiesta fue en la conexión que produjo entre el discurso oficial nacional que concebía a Costa Rica como un país pacífico y la participación activa de niños y niñas en las celebraciones independentistas en vez de militares. Sin ninguna duda, la invención de ese tipo específico de actores y discursos puede ser considerada como una de las particularidades más importantes de las conmemoraciones costarricenses.

Después del centenario de la independencia, la renovación de fiesta escolar permitió también la acentuación de la infancia como un momento fundamental para la transmisión de comportamientos no solo cívicos y patrióticos, sino también de prácticas saludables de vida. La infancia que marchaba por la

⁶⁸ “El estudio del Himno en las escuelas”, *La Tribuna*, 6 de septiembre de 1927, p. 2.

⁶⁹ “Muchas gracias Don Licho”, *La Tribuna*, 21 de septiembre de 1927, p. 3.

⁷⁰ “La Secretaría de Gobernación acoge una solicitud de la de Educación relativa a los festejos del 15”, *La Tribuna*, 7 de septiembre de 1930, p. 4; “A las diez de la mañana de hoy se paralizará el tráfico durante un minuto en todo el país”, *La Tribuna*, 15 de septiembre de 1932.

calles portando ya no solo banderas sino también carteles con consejos sobre el sano vivir fueron en todo sentido una representación de la redefinición del discurso nacionalista que ahora apuntaba no solo por buenos ciudadanos sino también por niños robustos. La procesión de la salud, en el marco de la fiesta escolar, aspiraba, por si fuera poco, a recrear la idea de una *raza* costarricense que para ser fiel a sus antepasados debía aspirar a la salud cotidiana. Ciencia, medicina y discurso pasado de aliaron así en la imagen de la infancia que conmemoraba el nacimiento de la libertad.

La fiesta escolar además fue central en la consolidación del Himno Nacional. Así, los niños cantores que memorizaban las estrofas del Himno y lo entonaban al son de la marcha y en actos cívicos dieron la mayor extensión a esa representación musical de la nación. Por si fuera poco, las autoridades estatales vislumbraron en los educandos el mejor medio transmisor de la costumbre de cantar el Himno el día de la independencia hasta que consolidaron dicha práctica como un rito que paralizaba la nación por unos momentos el 15 de septiembre. Hacia 1932 era posible admirar una comunidad política nacional integrada durante el día de conmemoración de la libertad política, lo que también fue una contribución de la fiesta de los niños.

En perspectiva comparada con sus vecinos centroamericanos, Costa Rica parece haber tenido un temprano gran éxito en ese proceso de modelación de una manera de recordar el pasado. Así, hacia principios del siglo xx, los políticos e intelectuales costarricenses habían logrado crear una práctica conmemorativa continua y legítima que permitió transformar una fecha de celebración regional (el 15 de septiembre) en una efeméride nacional que celebraba el nacimiento de la nación costarricense. En su lugar, en otros lugares como El Salvador y Guatemala, la fiesta del 15 de septiembre siguió teniendo la ambigüedad de ser una conmemoración centroamericana y no local hasta entrado el siglo xx⁷¹. Esta temprana concreción del ideal de nación en Costa Rica, es fundamental para entender su éxito en la creación de su Estado y en la concreción de una memoria colectiva oficial para celebrar el pasado⁷².

⁷¹ Xavier Cuenin, "La difícil apropiación de una independencia sin violencia. Papel e imágenes de Centroamérica en los discursos del 15 de septiembre (1821–1885)", inédito, p. 15. <http://www.cemcaac.org/docs/Cuenin-15%20de%20septiembre-2008.PDF> (revisado el 21 de noviembre del 2010).

⁷² David Díaz Arias, "*La invención de las naciones en Centroamérica*", *Boletín AFEHC*, n° 15 (4 de diciembre del 2005) en http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=367 (revisado el 21 de noviembre del 2010); idem, *Construcción de un Estado Moderno: Política, estado e Identidad Nacional en Costa Rica, 1821–1914*, serie Cuadernos de Historia de las Instituciones de Costa Rica, n° 18, San José, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005; idem, "Entre la Guerra de castas y la ladinización. La imagen del indígena en la Centroamérica liberal, 1870–1944" en *Revista de Estudios Sociales* (Universidad de los Andes, Colombia), n° 26 (abril del 2007), pp. 58–72.